

EL BAR DE CRISANTITO, EL PENDOLISTA Concomitancias entre César González-Ruano y Camilo José Cela

Tomás Cavanna Benet

Resumen

Este artículo realiza una comparación entre las obras y las vidas de César González-Ruano y Camilo José Cela. Se analizan la relación entre ambos escritores y similitudes tanto de estilo como de su postura política, sus hábitos de trabajo, su relación con el dinero y más. Se hace especial hincapié en la relación de ambos escritores con el periodismo y con el género del artículo literario. También se aborda la mediación entre ambos de la figura de Francisco Umbral los azares de su fama posterior.

Palabras clave

Camilo José Cela, César González-Ruano, periodismo, literatura, Francisco Umbral

Abstract

This article compares the lives and works of César González-Ruano and Camilo José Cela. It discusses, among other features, the relationship between both authors and the similarities that are present among their literary styles and their political leanings, their work habits, their relationship with money and more. Particular attention is devoted to the relationship that both authors had with journalism and with the literary article as a genre. Lastly, the mediation that Francisco Umbral exercised between both figures is addressed, as are the varying fortunes of their legacies.

Keywords

Camilo José Cela, César González-Ruano, journalism, literature, Francisco Umbral

“Crisantito, el del bar, que tenía una letra inglesa que era una divinidad, fue el que perdió a la pobre Celedonia, la chacha de Perico, el niño tonto y entre epiléptico y llorón de los señores de Quevedo (don Federico)”. Así comienza un disparatado cuento firmado por Camilo José Cela, que iba a publicarse en el diario madrileño *La Tarde* el 20 de noviembre de 1948 pero que, por resultar “tan celiano y a lo vivo”, lo tachó la censura, y no pudo leerse hasta tres lustros más tarde, recogido en la *Obra Completa* del escritor (II-329-331), que editó la barcelonesa *Destino* a partir de 1962.

Nadie pudo imaginarse entonces que, pese al gran parecido con su progenitor, Crisantito era en realidad un personaje adoptado por Cela, ya que su verdadero padre biológico fue César González-Ruano, el más notable articulista de todo el siglo XX español, y también el más enlodado desde que, en 2013, la editorial Anagrama contrató a dos ensayistas sin escrúpulos (*El marqués y la esvástica*) para que rastrearán en los archivos de la Gestapo, buscando todo aquello que pudiera inculpar a Ruano por sus turbios antecedentes en Roma, Berlín y el París ocupado, durante los años del nazismo. No encontraron lo que buscaban, pero hay que roer un tarugo de cientos de páginas incomedibles hasta comprobar, al final del epílogo, que admiten su fracaso. ¿Y entonces? Pues como el libro era por encargo no queda otra que esparcir una basura que ya estaba pagada.

El propio Cela admitió, muchos años más tarde, que el verdadero padre de aquel pendolista “truchimán y sin conciencia” era otro: “Fue a verme Ruano y me debió encontrar tan mal, que me dijo: -No te preocupes yo te escribiré el artículo de *La Tarde* y se lo llevaré a Víctor de tu parte”. Víctor claro es, era Víctor de la Serna. César me escribió *El bar de Crisantito, el pendolista* y le salió tan celiano y a lo vivo que lo tachó la Censura. Si se lee con calma quizá se pueda descubrir que no es mío; lo que pasa es que con calma casi nunca se lee la literatura. Del periódico me mandaron la galerada, la guardé con cuidado y bien pegadita en un papel, se me olvidó la anécdota y, cuando fue hora de preparar la *Obra Completa* la incluí sin mayores dudas y miramientos. De la piña me advirtió Rafael de Penagos, muy leal compañero y puntual lector de Ruano y mío” (“No es mío”, *ABC*, Madrid, 23 julio 1980).

El lento transcurrir del calendario celiano queda en evidencia por los 32 años que mediaron desde que Ruano escribió el cuento (1948) hasta que Cela, presionado por Penagos, reconoció quién fue su verdadero padre (1980). Es más, dado que Ruano falleció en 1965, el “vecino y amigo, compadre y compañero del escritor muerto”, no aprovechó tan solemne ocasión para expresar su agradecimiento al caritativo suplantador, y dejó que siguieran corriendo los años, sin aceptar rectificación alguna, hasta que le dieron el primer aviso.¹

¹ Camilo José Cela, “En la muerte de César González-Ruano”, *Papeles de Son Armadans* n.º. CXVIII, enero de 1966.

Un olvido lo tiene cualquiera, cierto; en el Cela primerizo abundan, aunque siempre sin mala intención: Eugenio Suárez recuerda en sus memorias que, cuando en 1992 Cela comenzó a escribir las suyas, “me tomé la libertad de enviarle una carta recordándole que, si pensaba aludir a aquellos tiempos, tuviese en cuenta y tratase con la delicadeza que merecía a Juan Aparicio por haberle proporcionado aquel ganapán”.² Aparicio fue el director general de Prensa que, entre otras prebendas, nombró a Cela para el puesto de censor que acababa de dejar vacante el propio Eugenio Suárez, al apiadarse ambos de aquel escritor enfermo, “un delgadísimo sujeto, con una enorme cabeza, que parecía una cerilla yacente”. También en aquella ocasión Cela reprodujo lo más esencial de la carta que le había enviado Suárez, saldando una deuda por la que, a partir de entonces, tuvo que pagar unos abultados intereses de demora.

En el caso de *Crisantito*, por orgullo o cabezonería, Cela se empeñó en darle sus apellidos, aprovechando la impunidad que le confería haber sido ungido con el premio Nobel para incorporarlo, como propio, a una edición de *Austral* que vio la luz en 1994.³ Hay quien afirma que Camilo se sintió identificado con Crisantito (limitando las explicaciones a que ambos tenían en común la letra inglesa), pero se trata de una anécdota poco creíble, pues se localiza en el transcurso de una visita de Ruano a la casa de Cebreros donde Cela pasó algún verano, pero las fechas no coinciden.⁴

El mayor sabio que ha existido en asuntos celianos, don Fernando Huarte Morton, dispuso cualquier duda al datar con meridiana precisión la fecha en la que iba a publicarse el cuento, la de su incorporación a libro, y cuando se publicó el “no es mío” de *ABC*.⁵ Por su parte, el propio César González Ruano localiza su visita a Cebreros “hacia fin de febrero o muy al principio de marzo” de aquel año 48, nueve meses justos antes del nacimiento de Crisantito.⁶ También aporta el dato de que pasó mucho frío, regresando a Madrid enfermo y con una fiebre muy alta, por lo que renunció a buscar allí una casa de temporada.

Francisco Umbral, que murió por mordedura de serpiente en mayo del 2007, publicó tras la muerte de Cela un libro ponzoñoso sobre “el ser glorioso que he tratado más de cerca” (¡qué no le haría al más infame!), en el que se refiere también a este episodio, con más errores de lo razonable, pero con una conclusión interesante: “Camilo andaba por la casa [se refiere a Ríos Rosas 54] con batín a cuadros, fiel a su modelo, que ya he

² Eugenio Suárez, *Caso Cerrado*, Oberon, Grupo Anaya, Madrid, 2005, pp. 113-116.

³ Camilo José Cela, *La dama pájara*, Espasa Calpe, Madrid, 1994, pp. 138-139.

⁴ Félix de González García, *Andanzas de Camilo José Cela: Cebreros, 1947-1950*, Huerga y Fierro editores, Madrid, 2005, pp. 101-103.

⁵ Fernando Huarte Morton, “Vocación y oficio de escritor en Camilo José Cela”, *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, nº XXXVI, pp. 16-17.

⁶ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Tebas, Madrid, 1979, p. 611.

comentado, de escritor inglés, aunque luego, hacia fuera, hacía todo lo contrario. Ruano vendía Matisse falsos que le fabricaba Viola y Camilo vendía artículos falsos que le había hecho César: -Anda, César, que a ti no te cuesta nada. Tengo que entregar el artículo del *Arriba* y no me queda tiempo de hacerlo. La verdad es que Cela no encontró con facilidad la fórmula para sus artículos. Uno de los que le fabricaba Ruano resultó tan celiano que Juan Aparicio dijo: Esta vez Camilón se ha pasado. Esto no lo publico”⁷

Sabemos que Crisantito nació en noviembre de 1948 y que los Cela no se mudaron a la casa de Ríos Rosas, 54 hasta los primeros meses del '49; también que el artículo era para *La Tarde* y no para *Arriba* y, desde luego, que la suplantación no fue por capricho, sino por baja temporal... pero todo eso resulta accesorio ante la gran verdad que se publica a renglón seguido: “CJC envidiaba secretamente la facilidad de César para el género”.

Todos los expertos coinciden en destacar la portentosa habilidad de Ruano para un género que se había iniciado con Ramón Gómez de la Serna y que pasó a denominarse “literatura de periódico”; el propio González-Ruano explica el nacimiento del articulismo como una necesidad para los escritores de su tiempo: “La literatura en sí, la “literatura puta”, era antes de nosotros una profesión de hambre [...] Nosotros, sin ponernos de acuerdo, no quisimos la miseria. No nos gustaba. Y la literatura, por primera vez, bajó al periódico por necesidad económica, y no queriendo renunciar a sus mensajes y a su destino, a sus derechos y esperanzas, subió el periódico casi casi hasta su altura natural”⁸

Ruano calcula por encima de 20.000 los artículos que escribió a lo largo de su vida,⁹ más de cincuenta artículos por mes en sus mejores etapas: “Nunca tuve otro ingreso, ni jamás ayudas indirectas o gangas [...] y esto fue bajando a torear a las platinas, cogiendo los cuernos al toro en las redacciones, pero sin caer nunca de bruces en su infierno interior, sin dejarme engañar por esa equivocada economía del sueldo seguro”¹⁰

Leer su última pieza, publicada en la tercera de *ABC* el mismo día de su muerte, 15 de diciembre de 1965, pone la piel de gallina al más insensible. Se titula *La costumbre*, práctica sobre la que el autor afirma haber escrito mucho, y que define como escaso aprecio por la novedad, ensalzando los beneficios de la monotonía y repudiando al desorden en cualquiera de sus manifestaciones. Escribe (“en estos días, ya largos, dolientes y desdichados, que más mal que bien voy pasando, sin seguridad de que los pase”) debilitado por un cáncer en fase terminal, lo que le obligaba a sufrir grandes

⁷ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, Planeta, Barcelona, 2002, pp. 35-36.

⁸ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, p.337.

⁹ Manuel Alcántara, en su prólogo para *Mi medio siglo se confiesa a medias*, incrementa la cifra hasta 30.000, p. 15.

¹⁰ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.338.

penalizaciones para, siquiera, darse la vuelta en la cama, y con la necesidad de sujetar la mano de escribir con la otra (trance por el que también vi pasar a Camilo José Cela).¹¹ Y lo que así escribe no puede ser ni más sincero, ni más cierto: “Con un esfuerzo tan ridículo como casi heroico, logro escribir cada mañana un artículo, primero porque económicamente me es necesario, pero más aún porque comprendo que si no puedo vencerme y hacerlo se me apoderaría una tristeza cuyas consecuencias moralmente serían terribles y me acercaría a una muerte segura, al tener constancia, con la dimensión de una costumbre, de mi inutilidad absoluta”.

A modo de colofón, el último párrafo de este artículo, las últimas palabras que escribió con una pluma tan cansada como la mano (las manos) que la hacía avanzar entre el blanco abrasador de la cuartilla número veinte mil, le salió simplemente redondo: “Voy creyendo firmemente que todo reside en la costumbre. Y que, muchas veces, la muerte puede consistir en ir perdiendo la costumbre de vivir”.

-“Está pasado. Es un cursi”-.

Según Umbral eso es lo que pensaba Cela de Ruano, pero tampoco hay que creerle a pie juntillas. En esa misma página y con la misma contundencia, asegura que “en el entierro de César no estaba Camilo, que se encontraría en Mallorca o en América”, y también que Cela no escribió nada a la muerte de Ruano.¹² No es cierto ni lo uno, ni lo otro. El número CXVIII de la revista *Papeles de Son Armadans*, correspondiente a enero de 1966, se abre con un editorial de su director, Camilo José Cela, titulado *En la muerte de César González Ruano*, al que el autor considera “el Larra de nuestros días y el singular poeta de lo mínimo, lo apresurado y lo cotidiano”. También confiesa a sus lectores que el agobio de la muerte, al otro lado del panderete, le había impedido dormir la siesta aquella tarde, hasta que sonó el teléfono dándole la noticia: “Me pongo el traje y voy”, respondió.

En aquel editorial Cela decía también algo premonitorio: “Sobre su cadáver se abre la caja sin fondo de los tópicos gratuitos, de los lugares revueltos (el caso es confundir) con las mil leches de la anécdota, eso que jamás importa”. Umbral no se empanaba, ni se documentaba: basta con echarle un ojo al listado de asistentes a la casa mortuoria que publicó *ABC* al dar noticia del escritor que había fallecido “con la pluma en la mano”. Figura Cela, pero no Umbral, que por entonces era un don nadie. Alguien con más pesquis, y más próximo a Cela, habría captado lo mucho que le impresionó la imagen del cadáver de su amigo tendido en el suelo y amortajado con una sábana por

¹¹ Lo cuenta Manuel Alcántara en la presentación de la edición de *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

¹² Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p.76.

expresa voluntad suya: "Al menos nadie me podrá discutir la condición de fantasma". Ante la estremecedora imagen del cadáver de su amigo, Camilo comenzó a discurrir sobre sus propias disposiciones testamentarias, un disparate cuya última versión me fue encomendado en nota manuscrita (que aún conservo), que tuve que leer en su presencia y que, he de reconocerlo, incumplí deslealmente de la a, a la zeta, más que nada para evitar el presidio.

Esbozada esta nueva semejanza entre los dos autores, y sin necesidad de continuar insistiendo en la maestría de Ruano para escribir literatura de periódico, hay que volver inevitablemente a Umbral, y su afirmación de que a Cela el género no acabó de irle nunca y que esa era una de sus pequeñas frustraciones: "Cela no enganchó nunca por demasiado literario, por demasiado original o por demasiado banal. El artículo es banalidad, pero lo vano y lo vano, con be y con uve, han de esconder una acidez de verdad, una miel de revelación que Cela nunca puso". Añade que Cela no amaba a sus personajes ("por eso se le mueren enseguida"), y que tampoco amaba a su público, ni se acercaba a la entrañabilidad del pueblo, porque "en los artículos de Cela no hay una progresión emocional, sino una losa de palabras en latín y castellano viejo, más algún chiste erótico, porno o disolvente". Y deja lo más ácido para el final: "Aparte defectos de forma, los artículos de Camilo presentan esta deficiencia emocional que requiere el lector de periódico, que no tiene tiempo más que para los impactos: el impacto del gol, el impacto del KO, el impacto del fusilamiento, el impacto de un artículo corto, violento y sentimental, como su propia vida".¹³

Sin necesidad de ser tan cáustico, parece cierta la opinión generalizada de que, entre estos tres mosqueteros de pluma y espada, el más brillante, el rey sol, fue González-Ruano, seguido a considerable distancia por Umbral, y dejando para Cela el vagón de cola. El propio Fernando Huarte admite que, pese a la abundancia de material producido, la carrera de Cela como articulista no tuvo la necesaria continuidad: "Como consecuencia de escribir el autor en la revista *Papeles de Son Armadans*, disminuyó mucho la colaboración de otros tiempos en periódicos y revistas"¹⁴.

Crítico tan autorizado y favorable como el profesor Adolfo Sotelo Vázquez sale en defensa del Cela articulista, pero derivando la atención hacia determinados aspectos colaterales a la esencia misma del artículo, como su actitud frente a la literatura, su estética y su poética, concluyendo que "su talento de articulista se funde con sus que-rencias viajeras, su innata habilidad para la observación del mundo en torno, sus dotes de conversador y su maestría en el manejo de la fábula breve".¹⁵

¹³ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p.78.

¹⁴ Fernando Huarte Morton, "Vocación y oficio de escritor en Camilo José Cela", p. 18.

¹⁵ Adolfo Sotelo Vázquez, *Camilo José Cela. Perfiles de un escritor*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2008, p. 38.

Todos estos valores destacados por el profesor Sotelo auguran una permanencia en el tiempo, y por ello recomienda que los artículos de Cela que aún continúan dispersos se coleccionen debidamente. Pero esos mismos valores señalan como destinatario a un público minoritario (también *Papeles de Son Armadans* fue una revista para minorías), mientras que el propio González-Ruano, al tiempo que presumía de ir a la cabeza entre los del oficio, afirmaba que el éxito dependía de que los artículos fueran menos sesudos y al gusto de casi todos: "Una discreta aplicación de elementos de cultura, una participación grande de valores de la invención poética y un como gusto hacia las formas melancólicas que combinan bien con el interés periodístico, con la amenidad que exigía el gran público y aún con las imposiciones de la actualidad realista y vulgar que yo sólo no rechazaba, sino que procuraba cuantas veces podía".

Cuando Cela trata de ajustarse a la fórmula de Ruano (sobre todo a partir del incremento de la demanda que siguió a la concesión del premio Nobel), no le termina de salir, y puede que Umbral atinara al afirmar que Cela no lograba cautivar al lector de periódicos. Umbral sí que lo consiguió, porque tenía un talento natural enorme y porque supo aplicar a rajatabla la fórmula de su maestro: "Para mí (la muerte de Ruano) era la pérdida de un padre, el hombre que me enseñó a hacer el artículo y a ganarme la vida, y encima me pagaba el café".¹⁶

Me consta que Cela lo sabía; apreciaba tanto a Umbral como había apreciado a González-Ruano, y también le valoraba en grado sumo. Bastarán dos ejemplos que puedo certificar personalmente. Durante los doce años que la Academia Sueca se dirigió a Cela, como ganador del Nobel, para consultarle sobre qué nombres proponía para la edición correspondiente, únicamente respondió en dos ocasiones, la primera pidiendo el premio para Pere Gimferrer, y la segunda para Francisco Umbral; en los archivos de la Fundación CJC correspondientes a la correspondencia del que fue su presidente fundador, se encuentran copias de estas cartas.

El segundo lo presencié en primera persona, pero quien no me crea puede consultar el ABC del 19 de julio de 1996 (fotografía en páginas de huecograbado, e información en pág. 51). El día anterior Umbral había impartido una conferencia en la Fundación de Iria Flavia a la que asistió el propio Camilo, pese a encontrarse muy fatigado y con algo de fiebre. Tan pronto como Umbral acabó su intervención, y pese a que estaba previsto un almuerzo de clausura, Cela se retiró a sus habitaciones y tuve yo que sentarme en el restaurante junto a Umbral, que tenía enfrente a una joven y guapa corresponsal de ABC, Carmen de Alvear, a quien el escritor colmó de miradas y requiebros, únicamente

¹⁶ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p.75.

interrumpidos a cada bocado para meterse con Juan Benet, porque se había enterado de que yo era su sobrino.

Con los postres aún por servir, la corresponsal dijo que tenía que retirarse para enviar al periódico la crónica de la conferencia. “Tú no te vas -le dijo entonces Umbral- te voy a dictar mi crónica, para que te quedes, con la condición de que la publiques íntegra”. Ella tiró de libreta y bolígrafo, escribiendo a toda velocidad lo que Umbral le iba dictando de corrido, sin titubeo ni pausa alguna, hasta completar un artículo cuya extensión ocupaba, con precisión de tipógrafo, una columna de ABC...

Quien se levantó entonces fui yo, un poco harto de aguantar las pullas de Umbral, al tiempo que apabullado por la facilidad con la que, en menos de cinco minutos y de viva voz, había dictado un artículo que en mi modesta opinión le salió redondo. Arriesgándome a despertar a Camilo de una de sus famosas siestas de pijama, padre nuestro y orinal, me colé directamente en su cuarto para contarle, admirado, sobre la facilidad de su amigo. “Ya lo sabía -me replicó- para eso nadie tiene ni su maestría ni su talento, pena que con las novelas sea distinto. Llama de mi parte al director de ABC, dile que cuente lo que ha ocurrido, que explique que Paco lo ha hecho para volver a colaborar con el periódico y que publique la crónica, tal cual, firmada con su nombre”. Y así se hizo.

Umbral era imprevisible, Camilo todo lo contrario, y su manera de entender la amistad bien distinta, pero ambos eran grandes literatos, que pensaban, vivían y actuaban como literatos las 24 horas de cada día; creo que era únicamente esta actitud la que les mantuvo unidos cuando ambos vivían, sorteando cualquier zancadilla, y también que sólo este nexo justificaría, a ojos de Camilo, los continuos cambios de criterio de Umbral, que a moro muerto decía que “Cela no amaba a sus personajes”, aunque mientras este vivió quienes lo decían eran otros, a los que él negaba: “Alguien escribió una vez que “Cela no ama a sus personajes”. Los ama demasiado y por eso los maltrata, como el niño a sus muñecos”.¹⁷

En Umbral, Cela estimaba su valía de escritor con voz propia, y, muy especialmente, al personaje: “Paco Umbral, sobre escritor audaz y eficaz, es personaje literario, antes lo eran casi todos y ahora no lo es casi ninguno, ahora los escritores (¿) sueñan con ser mansuetos amanuenses de quien pueda socorrerlos y ése es el mal camino, el sendero en cuya ruina cuneta se hace polvo la literatura”.¹⁸ Mal podía pensar Camilo que, apenas una década después y con su exquisito cadáver aún caliente, el beneficiario se la devolvería torcida: “Cela me ha dicho más de una vez que él no hace

¹⁷ Francisco Umbral, *Las palabras de la tribu*, Planeta, Barcelona, 1994, p.347.

¹⁸ Camilo José Cela, *El camaleón soltero*, Grupo libro 88, Madrid, 1992, p. 455.

artículos, que hace otra cosa que no se sabe lo que es (...) Tampoco cabe atribuir estos desmanes a la edad, ya que sus artículos de juventud son igualmente fallidos y desorientados”.¹⁹

¿He dicho que Cela no lo sabía? Probablemente me equivoco; probablemente presentía la traición pero, al igual que sucede en las tragedias clásicas, prefirió continuar representando el papel que le correspondía aunque, de vez en cuando, con voz tan dolorida como tenue, lamentara su infausto destino: “El zurupeto don Catulino Jabalón Cenizo, en su catre del camaranchón, leía en el *Marco Bruto* de Quevedo que bien puede haber puñalada sin lisonja, mas pocas veces hay lisonja sin puñalada”.²⁰

Deslealtades al margen, parece incuestionable que el ganador en solitario de la carrera por la mejor literatura en periódico es González-Ruano, que según su discípulo y amigo Marino Gómez Santos,²¹ “fue escritor por la gracia de Dios”; un toque divino que le permitía tratar “con precisión lírica los temas infinitamente pequeños que nadie supo ver antes”. A Ruano, ya se ha dicho, le sigue Umbral varios cuerpos más atrás, mientras que Cela queda relegado a las profundidades del pelotón... Pero a la hora de hablar de literatura con mayúscula, de literatura en libro, la clasificación da un vuelco: “Es el escritor total (Umbral dixit). Un día se dirá y sabrá todo lo que ha salvado y renovado Cela en la literatura española de todos los tiempos”.²² También González-Ruano se inclina ante el vencedor: “*La familia de Pascual Duarte* aglutina el más franco suceso literario de nuestra posguerra”.²³

Los reproches por los desmanes de la edad constituyen una crítica muy común entre aquellos que se empecinan en descabalar a Cela a cualquier precio, sentenciando (Camilo decía que al hacerlo ponían cara de asno) que sus únicas novelas buenas fueron las de juventud. Bien, *La catira* me parece infumable, ¿pero quién soy yo para opinar sobre esa novela de la primera época? Quien sí que sabe, y mucho, es Víctor García de la Concha, que al referirse a la última novela escrita por Camilo al borde de sus 85 años de edad, *Madera de boj*, no duda en afirmar que con ella “alcanza la narrativa de Cela su cima más alta”.²⁴ Será que el articulismo tiene su edad, distinta a la de una buena novela, que es lo que no consiguieron ni González-Ruano, ni Umbral, ¿por morir antes de tiempo?, y es que Dios siempre castiga por donde más se ha pecado.

¹⁹ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p.199.

²⁰ Camilo José Cela, *El camaleón soltero*, p. 455.

²¹ Mariano Gómez Santos, “Claves de César para su centenario”, incluido en la edición de Carlos X. Ardavin, *Vida, pensamiento y aventura de César González-Ruano*, Libros del Peixe, Gijón, 2005, p. 411.

²² Francisco Umbral, *Las palabras de la tribu*, p.347.

²³ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, p.610.

²⁴ Víctor García de la Concha, *Cinco novelas en clave simbólica*, Alfaguara, Madrid, 2010, p. 15.

Desde que leí (saltándome páginas, claro está) el libro de Anagrama tratando de inculpar a Ruano en todo tipo de crímenes, comencé a interesarme por el lado oculto del personaje y su posible influencia en Camilo, pero sin terminar de ordenar las ideas, pues no pensaba que hubiera nadie más en este mundo capaz de interesarse por las concomitancias entre César González-Ruano y Camilo José Cela. Justo entonces, y como por arte de birlibirloque, fui a topar con un par de estudios de la doctora en Filología de la Universidad de Barcelona y profesora en Estudios Hispánicos, Raquel Velázquez Velázquez, que resulta ser especialista en González-Ruano, y que hace ya algunos años publicó un trabajo titulado "Encuentros, y algún desencuentro, entre Camilo José Cela y César González-Ruano".²⁵

Con el rigor académico que a mí me falta, la profesora Velázquez profundiza en los aspectos que determinan la relación personal entre ambos escritores a lo largo de veinte años, su amistad y posterior alejamiento, poniendo especial énfasis en subrayar las referencias que existen en la obra de Cela y de Ruano a los logros profesionales del otro, así como en el análisis de los aspectos de su literatura que les acercan o les alejan. Naturalmente el rigor académico impide incluir frases que Umbral no tiene necesidad de referenciar, como cuando Cela dijo que González-Ruano estaba pasado y que era un cursi, por lo que el lector se queda con la duda sobre si el mundo académico y el real son una misma cosa, o la contraria.

Desde la primera visita de Cela a Ruano en Sitges, el 28 de octubre de 1945, y hasta la muerte de este último, el 15 de diciembre de 1965, la profesora Velázquez constata múltiples puentes entre la vida y la literatura de quienes vivieron pared con pared en la casa madrileña de Ríos Rosas, 54 durante cinco años; la mayoría de estos vínculos se catalogan por dicha estudiosa como meramente anecdóticos: que ambos estudiaran la carrera de derecho (que Cela abandonó tempranamente), sintieran devoción por Baroja y presumieran de tener a Marañón como amigo y prologuista, que intervinieran brevemente en un par de películas (Cela *El sótano* y *La colmena*, González Ruano *Mi adorable esclava*), coincidieran en las mismas tertulias de café (Gijón y Teide), colaboraran en los mismos periódicos (*Arriba*, *La Tarde*, *La Vanguardia*, *ABC*), les gustara escribir guías de viajes para *Noguer*, o ganaran el premio *Mariano de Cavia*.

Toda esta serie de casualidades y coincidencias, más o menos curiosas en función de lo poco que daba de sí la paupérrima vida española de posguerra, únicamente cobran significado por la mutua admiración intelectual que, a juicio de la autora, se profesaban ambos autores, y por el interés que demostraron en dejar constancia escrita de ella. Todo muy bien estudiado y mejor explicado.

²⁵ Raquel Velázquez Velázquez, "Encuentros y algún desencuentro entre Camilo José Cela y César González-Ruano", *Anuario de estudios celianos 2010*, Ediciones de la Universidad Camilo José Cela, pp. 105-138.

Careciendo de dicha formación y capacidad, mi contribución al tema únicamente puede considerarse como una acción de voluntariado, cosas de viejos, que los más jóvenes tendrán que verificar, corregir y evaluar; pero visto que hay gente interesada no me resisto a continuar con mi listado de coincidencias y discrepancias, por si al final se pudiera sacar alguna conclusión.

De entrada, es importante destacar que ambos escritores tuvieron muy claro, desde bien temprano, que les gustaba lo que hacían, querían vivir de ello, y querían vivir bien, algo impensable hasta entonces. Gabriel Miró, admirable en todo, le dijo a Ruano que “los libros dan tanto que no se les puede exigir que además den dinero”.²⁶ Haciéndole caso, Ruano se dedicó al artículo, escribiendo a destajo durante toda su vida y sintiéndose orgulloso de ello: “Fuimos a la conquista y algunos en lo que se refiere a la materialidad de vivir, vencimos con unas armas para nuestras familias increíbles”.

Por lo que a Camilo se refiere, y aunque su padre se quejaba augurándole un futuro de mal vivir “heredando los trajes de los demás, criando caspa, viviendo de prestado y dando sablazos de a peseta por los cafés”,²⁷ tan pronto como salió de imprenta su primera novela tomó la firme decisión de dedicarse en exclusiva al oficio de escritor. Don Fernando Huarte donó en su día a la Fundación de Iria Flavia una hoja “del bloc de dibujo Spirax donde ha ido pegando caseramente recortes de esos textos (primerizos), escribe y rubrica, ufano y valiente:

El 7 de diciembre de 1942
Aparece mi novela
La Familia de Pascual Duarte
Se acabó el divagar”.²⁸

Aunque los dos comenzaron escribiendo poesía, para cultivar luego el artículo, la narrativa breve, la novela y el teatro, Ruano fue haciendo caja día a día con los artículos que mandaba a cuantos más periódicos mejor, mientras que Cela, tal vez al estar menos dotado para el género, tuvo que buscarse la vida por el más difícil (pero a la larga más rentable), camino de la novela: “Durante años me gané la vida no con los libros sino a golpe de colaboración (...) y puedo asegurar al lector que resulta muy cruel esta cotidiana pelea por el garbanzo”.²⁹

²⁶ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, p. 208.

²⁷ Camilo José Cela, *Memorias, entendimientos y voluntades*, Plaza & Janes, Barcelona, 1993, p.156.

²⁸ Fernando Huarte Morton, “Vocación y oficio de escritor en Camilo José Cela”, p.5.

²⁹ Camilo José Cela, “El mundo entorno”, *Papeles de Son Armadans*, nº CXVIII, julio 1974, p.15.

Encauzados ya en el oficio de escribir, y aunque cada uno pilotara su propio derrotero, los dos mantuvieron siempre viva y encendida sobre su pluma la lucecita de la poesía, y ese sí que es un nexo a destacar por encima de cualquier anécdota. Las crónicas de Ruano y las narraciones de Cela se distinguen por su lirismo, su tono, su ritmo y su simetría, como si estuvieran escritas no para leerse, sino para declamarse. No son poemas, pero están escritas por dos excelentes poetas a los que, por vivir de eso y dedicarle muchas horas, las musas solían encontrarles trabajando.

Se ha dicho que para Marino Gómez Santos las crónicas de Ruano estaban escritas “con pulsación lírica” y la profesora Raquel Velázquez refuerza dicha observación en otro trabajo suyo sobre el articulismo de madurez de Ruano, ya que este reconocía escribir sus artículos como si fueran sonetos: “debe uno saber si está en el primer cuarteto o ha empezado ya el segundo, si inicia el primer terceto y cómo haya que planear cuando llega el segundo para no aterrizar de cabeza o de cola”³⁰

En 1962 Camilo escribió en su Poética: “No sé, a ciencia cierta, que cosa es la poesía. Con la novela me sucede lo mismo, no obstante las largas horas que llevo pensándolo. Es probable que cada día distinga menos las lindes con que se quiere parcelar el fenómeno literario”³¹ Antes de conocerse, antes de la famosa noche de Sitges, Ruano tuvo noticia del quehacer poético de Camilo por José García Nieto, y sin duda le gustó, al punto de incluir su nombre (junto a un poema) en la *Antología de poetas españoles contemporáneos*, que entregó a imprenta en agosto de 1945. No se olvide que el primer y único poemario de Cela, *Pisando la dudosa luz del día*, se acababa de publicar tres meses antes.

Los poetas, aunque se ganen el pan escribiendo artículos o novelas, necesitan mirarse cada día en el espejo de sus versos, y suelen procurar para ellos el mejor acomodo posible. González-Ruano presume con legítimo orgullo del proceso de edición de su libro de sonetos *Ángel en llamas*, editado en París a comienzos de 1941 por Jean-Gabriel Dagragnés, que tenía fama de ser uno de los mejores impresores del mundo. De este libro, en cuarto mayor y con ciento dieciséis páginas, se hicieron trescientos dos ejemplares numerados en cuatro series “de miríficos papeles y bellos tipos de imprenta”³²

También Cela sentía esa misma devoción de bibliófilo, que en lo tocante a libros de poesía resultaba especialmente depurada, exquisita si se trataba de su propia obra. Antes de conocer a Ruano, ya se ha dicho, vio la luz su libro de poemas, *Pisando la dudosa luz del día*, publicado en Barcelona por *Ediciones del Zodíaco*, cuyo director, Carlos

³⁰ Raquel Velázquez Velázquez, “Algunas consideraciones en torno al articulismo de madurez de César González-Ruano”, incluido en la edición de Carlos X. Ardavín para Libros del Pexe, Gijón, p. 381.

³¹ Camilo José Cela, *Poesía completa*, Galaxia Guterberg, 1996, Barcelona, p. 7.

³² César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.522-523.

F. Maristany, tuvo que atender durante quince largos meses las continuas observaciones de su joven autor, que pedía revisar una y otra vez todo lo concerniente al formato, el papel, las tintas, el tipo de letra, la encuadernación y el número de ejemplares. Lo cuenta el profesor Adolfo Sotelo en su introducción a una edición del 2008, incluyendo todo tipo de detalles sobre la composición de un libro que, a su juicio, resultó “de muy bella factura” y del que se hizo también una tirada reducida, de 450 ejemplares.³³

Seguro que aquella primera noche que Cela y González Ruano pasaron juntos en Sitges, en octubre de 1945, hablaron ya de los papeles *Japón*, *Velín rosa*, *Viladón filigranado*, o *Boucher de doncelles* que se debían de reservar para, con la firma a lápiz del autor, montar los primeros ejemplares, dejando para el resto de la edición otros más asequibles, aunque siempre fabricados especialmente. Cela alcanzó la cima con la *Gavilla de fábulas sin amor*, segundo libro de la colección *Príncipe don Juan Manuel de obras de CJC*, una soberbia edición que corrió a cargo de Jaume Pla, máxima autoridad de la época en ediciones de alta bibliofilia, y que se ilustró con 32 dibujos a color originales de Picasso. La tirada fue de 106 ejemplares en rama y 2.029 encuadernados en tela, sobre un papel *Picasso* fabricado especialmente por la casa *Guarro* con la doble filigrana de un sol y una gavilla. Cela tuvo que pedir dinero prestado para sacar adelante la edición, aunque (para asombro de muchos) terminó ganando un buen dinero.

Para completar este apartado sobre una devoción común, la que sentían por las ediciones exquisitas y personalizadas, falta por reseñar que, desde 1955, existen referencias sobre ejemplares de González-Ruano que su autor iluminaba con dibujos realizados por él mismo sobre el texto, página a página, para obsequiar a sus mejores amigos. Esa práctica también se observa en Cela a partir de abril de 1956 con la revista *Papeles de Son Armadans*, de la que fue encuadernando los ejemplares de la edición especial, en papel de hilo, con los pliegos intonsos y con su nombre impreso en el interior de la portada (lujo reservado a unos pocos suscriptores). Cada vez que se dedicaba un número de *PSA* a un pintor (Picasso, Miró, Tapies, Alberti Ulbrich...) les pedía que ilustraran con aquella técnica las primeras páginas de su ejemplar, hasta completar, tras 24 años y 276 números, una colección realmente portentosa.

Camilo y González-Ruano tenían buen trazo para el dibujo y no le hacían ascos a la posibilidad de ilustrar ellos mismos las portadas de sus libros, una afición que compartían con Enrique Jardiel Poncela. Camilo, ya se sabe, después de soñar con ser galán de cine y bailarín de tangos, también quiso dedicarse profesionalmente a la pintura y llegó a montar exposición pero, como le dijo Eugenio d'Ors cuando le llevó a verla: “Hijo mío, no sé si admirar más el valor intrínseco de la obra expuesta, o el valor extrínseco del autor”.³⁴

³³ Camilo José Cela, *Pisando la dudosa luz del día*, Linteo, Ourense, 2008.

³⁴ Los óleos de CJC se expusieron en 1947 en las galerías Clam de Madrid y Lino Pérez de La Coruña.

La afición a la pintura fue otra destacada característica en común, tanto por lo que se entiende como tener buen ojo y disfrutar contemplando un buen cuadro, como por la avidez de coleccionarlo y, en el caso concreto de Ruano, con mala fama de marchante tramposo. También buscaron siempre a los mejores ilustradores para iluminar sus obras (léase Picasso al referirse a Cela), y con frecuencia los compartieron, como sucedió con Emilio Grau-Sala, o Juan Esplandiú. A Camilo todos los pintores le pedían que escribiera “algunas sentidas palabras de elogio” para los catálogos de sus exposiciones, mientras que él presumía de tener más y mejores amigos en ese gremio que entre los de su mismo oficio. Por su parte, González-Ruano dedica un capítulo entero de sus *Memorias* a glosar su amistad con diecinueve artistas españoles en París, entre los que incluye a Picasso, aunque advirtiendo que le defraudó bastante “aquel Picasso viejo, escamón, que representaba exactamente todo lo contrario de aquello por lo que la juventud casi le adoraba”.³⁵

Camilo, muy al contrario, siente una especial veneración por el pintor malagueño desde que, en 1958, se planta a la puerta de su estudio en Cannes, donde intercambian textos, dibujos y mecheros: “La silueta de Picasso, a la caída de la tarde, cobra unos nobles matices un tanto extraños y de una nobleza que es casi ajena al hombre”.³⁶ CJC llegó a decir, en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en abril de 1973, que Picasso era una *Virgen de Lourdes del arte* al que “acudían peregrinitos, que unos se curaban y otros quedaban peor”. Anótese ya las primeras divergencias entre el viejo escamón con quien Ruano no quiso entenderse y el semidiós que encandiló a Cela y, de paso, le dio a ganar un buen dinero.

Aunque resulte políticamente incorrecto, a la hora de anotar coincidencias entre Cela y Ruano, no se deben obviar dos tan definitorias como la militancia falangista y la devoción monárquica. Comenzando por la primera, y por el primero, aunque Umbral sostiene que “Ruano no podía ser falangista, y no sólo porque era monárquico, liberal y alfonsino, sino por su individualismo y su escepticismo”³⁷, el escritor presumía de tener el carné número cuatro de la Falange y de haber sido camarada y amigo de José Antonio Primo de Rivera, a quien conoció en 1923 y entrevistó para el *Heraldo* en marzo de 1930, cuando José Antonio tenía veintiséis años y Ruano veintisiete. Nació entonces una relación de confidencialidad, cuyos detalles refiere en sus *Memorias* el propio Ruano: “Entre septiembre y octubre (1935) tuve varios cambios de impresiones también con José Antonio Primo de Rivera. Le interesaban mucho las informaciones frescas y directas que yo podía darle de Berlín y a mí me interesaba cada vez más el tono airoso y “contra esto y aquello” que iba tomando la recién nacida Falange...”.³⁸

³⁵ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.508.

³⁶ Camilo José Cela, *En los noventa años de Picasso*, Madrid, 1971.

³⁷ Francisco Umbral, *Las palabras de la tribu*, pp. 552-553.

³⁸ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.332.

Una página más adelante reconoce que por aquellos mismos años (1934-1935) recibió amenazas de muerte por parte de las Juventudes Socialistas a consecuencia de unos artículos que había escrito contra Azaña y Prieto, por lo que “entonces, por la misma Falange se me proporcionó un guardaespaldas (...) que me acompañaba a todas partes armado de un pistolón”.³⁹ Estas amenazas le decidieron a poner tierra por medio, aceptando en febrero de 1933 la oferta que le hizo Juan Ignacio Luca de Tena para irse de corresponsal de *ABC* a Berlín. Quien así lo afirma es otro gran “gonzález-ruanista”, el exfutbolista de la “Quinta del Buitre” y doctor en Filología Hispánica Miguel Pardeza, cuya tesis doctoral se centró en la figura y la obra de Ruano que, no se olvide, en la década de los 50 entrevistó a numerosos futbolistas (una memorable con Alfredo Di Stéfano, otra desastrosa con Kubala)... mira por donde, también Camilo escribió en 1963 *Once cuentos de futbol...* aunque sus colores eran los del Deportivo de La Coruña.

Pero César González Ruano (otra diferencia más con Cela) no era un guerrero sino un *bon vivant*, al que la noticia de que había estallado la guerra civil española le llegó bebiendo champagne junto a Raquel Meller en una lujosa villa que tenía la cupletera en Villefranche, próxima a Cannes. Desde allí, y en lugar de regresar a España para participar en la contienda, prefirió establecerse en Roma y ver los toros desde la barrera.

Ruano frecuentó a Alfonso XIII en el exilio romano de un monarca al que admiraba: “Su elegancia y su raza era un verdadero espectáculo. Yo creo que no existió en su tiempo un Monarca más Monarca que él”. Aprovechando la ocasión, gestionó ante la Casa Real Española la rehabilitación, en su persona, de los títulos de marqués de Cajigal y de marqués de la Vega de Acevedo, entregando “todos los documentos y copias de los árboles genealógicos que providencialmente había llevado conmigo a Roma”.⁴⁰ Según cuentan, Alfonso XIII le regaló una pitillera de oro y una cuartilla en la que le insinuaba el marquesado para cuando la monarquía volviera a reinar en España. La pitillera estuvo siempre a la vista de todos, sobre la mesa del café donde escribía sus artículos; la cuartilla no la vio nadie, pero la supuesta aceptación real, *sine die*, de su hidalguía montañesa le bastó para estampar en sus papeles el blasón de marqués de Cagigal, con la leyenda *De mi deseo gozo...* y su deseo era que le llamaran “marqués”.

Camilo sí que fue nombrado, “marqués de Iria Flavia”, por lo derecho y sin necesidad de tener que pedírselo al nieto de Alfonso XIII. Umbral vuelve a equivocarse cuando afirma que heredó el título: “Por parte de madre le viene al escritor el anglicismo, un deje aristocrático, que acabaría dando como fruto el marquesado de Iria Flavia”.⁴¹ No es verdad, el día de su octogésimo cumpleaños Camilo fue nombrado primer marqués de Iria Fla-

³⁹ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.340.

⁴⁰ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.410.

⁴¹ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p. 60.

via por el rey Juan Carlos I, como agradecimiento por haber ganado el premio Nobel, del mismo modo que hizo también marqués a Vicente del Bosque por haber ganado el mundial de fútbol; las monarquías premian así a sus más destacados súbditos.

Cierto que en la familia de la madre eran muy monárquicos, pero de Jorge VI, porque el abuelo era inglés y muy conservador, pero ni aristócrata, ni de familia distinguida. Camilo fabula al afirmar que descendían de piratas y de fabricantes de velas de sebo, ahorcados los unos, y arruinados por el invento de la luz eléctrica los otros; la triste realidad es que eran fabricantes de paraguas.

Trató luego de inventarse abolengo por línea paterna, gateando cinco siglos por el árbol genealógico hasta llegar al mariscal Pardo de Cela, pero tuvo que renunciar cuando aceptó la encomienda de Isabel la Católica, la reina a quien los Pardo de Cela habían jurado rencor eterno. El padre del escritor, Camilo Cela Fernández, funcionario de aduanas, lector de Nietzsche, esperantista y amigo de Indalecio Prieto (que al estallar la guerra le extendió un salvoconducto para que su hijo Camilín pudiera marcharse de Madrid), no transmite ninguna sensación de aprecio por la realeza, así que Camilo fue el primer devoto de la monarquía borbónica entre los suyos. Tan devoto que, concedido el título, pidió que le bordaran la corona de marqués, con la i y la efe debajo, hasta en los calzoncillos.

Alguien tuvo que contagiar a Cela aquellas ansias monárquicas y no me extrañaría que su maestro en cetros hubiera sido González-Ruano, que en sus *Memorias* resume, haciéndola suya, la definición que el propio Alfonso XIII le hizo sobre el significado de la corona en España: "Supone ante todo unidad nacional, imperio en el más alto sentido de la palabra, engranaje perfecto y jerarquizado, dentro de un estilo liberal, de los organismos del Estado"⁴².

¿Transmitió Ruano dicho sentimiento a Cela? No se puede certificar, aunque parece más que probable porque Camilo, al menos desde que en 1977 fue nombrado Senador Real, transmitía esa misma imagen de cortesano leal y respetuoso, como si hubiera sido educado desde niño para servir a su Rey.

Quede para la historia que fue un aristócrata harto singular, pues estuvo mareando durante meses para decidir cómo sería el escudo de armas del nuevo marquesado. Él quería que una leyenda tan sencilla como *El que resiste gana* figurara en latín, pero como pidió consejo a cinco latinistas y cada uno lo tradujo de manera distinta, tras mandarles a todos a paseo se resignó a grabarlo en español. Pretendió luego que los animales heráldicos que orlaban el escudo fueran un par de burros con el mástil erecto, y costó mucho convencerle para que los cambiara por unos unicornios, con un único cuerno visible.

⁴² César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.327.

Respecto a la militancia en la Falange, y así como de González-Ruano puede decirse que fue más joseantoniano que falangista, Camilo carece de esa excusa afectiva, tan común entre quienes trataron personalmente a José Antonio, porque ni siquiera le conoció, y porque se subió al carro de Falange cuando ya se había ganado la guerra. El camarada Cela formó entre los que desfilaron, con su camisa nueva, cara a un sol que declinaba, proyectando una sombra de duda tras el paso de aquella tropa.

Cierto es que en la guerra cumplió muy dignamente con sus deberes de soldado, aunque de nuevo se excede al contar aquella etapa de su vida en *Memorias, entendimientos y voluntades*. La triste realidad es que el 18 de julio le pilló entre vómitos de sangre (mientras Ruano bebía champagne en Cannes junto a Raquel Meyer) y su padre se las vio y se las deseó hasta conseguir que el ministro de Defensa, Indalecio Prieto, le firmara un salvoconducto para poder viajar a Londres, al cuidado de su familia inglesa. Se lo extendieron, viajó de Valencia a Marsella y de allí a Hendaya donde, a finales de septiembre y conforme al plan ideado por su padre, en lugar de dirigirse hacia Inglaterra entró a la España nacional por Irún, con el propósito de continuar viaje hasta la casa de su abuela materna, en Iria Flavia.

El plan se fue al traste porque, al estar en edad militar y no llevar encima certificado médico alguno, nada más cruzar la frontera las autoridades decidieron alistarlo y, sin posibilidad de rechistar, le metieron en un tren con destino al regimiento de infantería Bailén nº 24, con guarnición en Logroño, donde llegó escoltado por una pareja de la guardia civil. A finales de octubre y, según cuenta él mismo, cuando ya estaba ligeramente harto de la vida cuartelera, decidió ofrecerse voluntario para ir al frente con un destacamento que, en cinco o seis camiones, salió hacia la sierra de Alcubierre, donde se luchaba encarnizadamente contra las tropas anarquistas del POUM, entre las que, por cierto, militaba otro futuro escritor de fama, George Orwell, que sobrevivió de milagro a un tiro de máuser en la garganta.

Aquel viaje en camión, de más de quince horas transitando por carreteras infernales y teniendo que soportar el frío de la noche sin más abrigo que unas hojas de periódico, terminó por minar la poca salud de Cela que, nada más llegar al frente y mientras las balas silbaban a su alrededor, cayó al suelo entre vómitos de sangre. En *Memorias, entendimientos y voluntades* dice que fue la explosión de una bomba "laffite" lo que le derribó, y que mientras estaba inconsciente se le clavó en el pecho la metralla de otra granada de piña. Será cierto, pero también lo es que estuvo cuatro semanas en el hospital de Logroño, al cabo de las cuales le declararon inútil para el servicio, alegando en el parte médico una causa menos heroica: tuberculosis.⁴³

⁴³ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.191.

Durante todo el año 37 y hasta diciembre del 38 Cela permaneció con su familia gallega entre Iria Flavia, La Coruña y Tuy, reponiéndose de la enfermedad y comunicándose con su familia de Madrid mediante postales escritas en clave, que enviaba vía Londres mediante un sistema que él mismo tituló “virguerías evasionales”. Al sentirse repuesto, y como ni siquiera le habían contestado a su famoso ofrecimiento para volver de espía al Madrid rojo (lo que en realidad no pasaba de ser otro truco, parecido al usado un par de años antes para escaparse de la capital), decidió ofrecerse voluntario y estuvo combatiendo como artillero durante los últimos cinco meses de la guerra.⁴⁴

Camilo José Cela pasó la guerra civil de forma muy distinta a la de César González-Ruano, jugándose el tipo, sin rechistar, hasta ser ascendido a cabo (que tampoco es mucho ascender), y enrolado en el bando de los vencedores, lo que le daba derecho a no pocos privilegios.

A finales de 1940 resulta seleccionado para participar junto a una treintena de intelectuales del régimen (todos con más notoriedad que él) en un lujoso libro que pretendía dar una capa de barniz literario a los episodios bélicos más heroicos de la guerra civil, *Laureados*, donde Cela firma un texto enloquecido, muy de la época, ensalzando la gesta de un capitán, Adolfo Esteban Ascensión, casualmente muerto en acto de servicio cuando “el Sol tornó a esconderse por Poniente...”

De manera inmediata comienza a colaborar en los medios vinculados a Falange, como la revista femenina *Y y Haz*, donde el 24 de enero de 1940 publica una carta abierta a jóvenes camaradas obreros “para que fructifique la semilla que, ahora hace media docena de años, lanzara José Antonio”. Como Secretario de la Delegación Nacional para el Distrito Universitario de Madrid da los primeros pasos para reorganizar el Teatro Español Universitario; también saca pecho, en su condición de *Caballero mutilado de guerra* para recriminar a un propagandista de las Congregaciones Marianas “desde nuestra acerada e intransigente ortodoxia falangista”.⁴⁵ Hay que esperar algunos años para leer en *Arriba* sus *Nenias en loor a José Antonio*, y hasta finales del 49 para publicar en *El Alcázar* una *Loa del Arma de Artillería*, dedicada “a mi coronel, el general Millán-Astray”, quien previamente le había nombrado “Caballero Legionario Honorario”.⁴⁶

⁴⁴ Para seguir la trayectoria de Cela desde el 4 de diciembre de 1938 hasta el final de la contienda, basta con reproducir el certificado firmado el 30 de mayo de 1939 por el capitán de la 17 batería del 16 regimiento de artillería ligera: “Tomó parte encuadrado en la Unidad en todas las operaciones en que participó la misma (Reconquista de la Bolsa de Extremadura: Puerto de Costuera, toma de Perelada de Saucedo, Sierras Trapera, Masaguera, Del Médico, Patuda, toma de Valsequillo, etc., etc., con el 5º Grupo de 77/24 de la Reserva General de Artillería, y posteriormente, y con el mismo calibre, en el Sector de Nules, encuadrada la Unidad en la 58 División del Cuerpo de Ejército de Galicia). Habiendo actuado con un total de tiempo de cinco meses en primera línea. Observó en todo momento una irreprochable conducta demostrando a la vez poseer un elevado espíritu militar y patriótico”.

⁴⁵ *Haz*, 21 de enero de 1941, Carta abierta al Sr. Director de “Estrella del mar”, órgano de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas.

⁴⁶ *Arriba*, 19 de noviembre de 1944 y *El Alcázar*, 8 de diciembre de 1949.

Antes de que el sol crepuscular de Falange terminara por desvanecerse, Cela abrió la sombrilla. Tras viajar por América y recibir en Venezuela un contrato millonario para escribir una novela por encargo, su futuro estaba asegurado sin necesidad alguna de continuar exponiéndose. A comienzos de 1953 Franco le concede la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica, una especie de bálsamo contra las quemaduras que no sirvió para aliviar nada, porque aquel sol ya se ocultaba tras la línea del horizonte, desapareciendo para siempre de su vida.

Por lo que tengo entendido y pese a esta “encomienda” (que propuso y firmó el Ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo), Camilo fue uno de los primeros “escritores de la Falange” en darle la espalda a Franco, coincidiendo en el tiempo con Ridruejo y también con González-Ruano, aunque este último por motivos bien distintos (mientras el Caudillo no le cediera la corona al rey, él no sería marqués); entre sus miles y miles de artículos sólo le menciona en dos ocasiones, una para decir que Franco se iba de vacaciones, y la otra para decir que Franco volvía de sus vacaciones. Entre los cientos y cientos de imágenes que se conservan en el archivo fotográfico de la *Fundación Cela*, no aparece ninguna de Camilo junto a Franco. Le evitaban.

Pasamos así a otra circunstancia clave en la relación entre César González-Ruano y Camilo José Cela, que consiste en la diferencia de edad, trece años, un periodo que, para Ortega, casi equivale a la mitad del tiempo en activo de una generación. Cuando ambos escritores se conocen (por medio de José Ramón Masoliver, que pertenecía al grupo de escogidos de Ridruejo), a Camilo le faltaba aún medio hervor, mientras que Ruano ya estaba pasado de cocción. Cela está saliendo de una tuberculosis que le tuvo al borde de la muerte, al tiempo que Ruano comienza a padecer los primeros avisos del cáncer que se lo llevó prematuramente de este mundo. Cela, que se siente más vital que nunca, se solaza con el abuso de trabajo, comida, tabaco, sexo y bebida, mientras que un deteriorado Ruano, que según confesión propia había “bebido más que vivido”, ya está de retirada.

Me parece que esta observación tiene su importancia a la hora de evaluar la influencia del uno en el otro, aunque todo parece indicar que Ruano actuó casi siempre de maestro y Cela de discípulo; de alumno fascinado por la personalidad de un profesor del que aprende mucho y al que trata de copiar en todo, aunque a veces exagera.

El ejemplo más notable de este afán de Cela por emular a su maestro se encuentra en el hecho de que ambos publicaron sus memorias prácticamente al mismo tiempo, en la segunda mitad de 1950, cuando Ruano tenía cuarenta y siete años y Cela únicamente treinta y cuatro. Los libros de memorias se suelen reservar para la vejez, Baroja había publicado las suyas, *Desde la última vuelta del camino*, por entregas, entre septiembre de 1942 y noviembre de 1943, cuando ya contaba setenta años de edad; nuestros dos

admiradores de don Pío o no quisieron esperar tanto, o vieron un buen negocio en imitarle, entregando (y cobrando) los recuerdos de su propia vida para que se fueran publicando por entregas.

Cuando González-Ruano comienza a publicar *Mi medio siglo se confiesa a medias*, en julio de 1950, reconoce que “tal vez cuarenta y siete años no sean los suficientes para tener el corazón en calma”, pero se justifica a renglón seguido de forma tan convincente como enternecedora: “Bien sabe Dios que lo que me decide a escribir ahora son las dudas sobre mi quebrantada salud, que son tales que, sin hacer literatura romántica, me pregunto de veras si otra edad más propicia no la cumpliré en ese otro barrio tenebroso en donde nadie parece que encontró tintero y pluma”.⁴⁷

Camilo pretendió adelantarse a Ruano, publicando sus memorias de infancia y juventud, *La cucaña*, entre junio y noviembre de 1950 en el *Correo Literario* de Madrid, aunque pasaron totalmente inadvertidas y tuvo que esperar hasta abril de 1953 para que se interesara por ellas el semanario barcelonés *Destino*. La publicación se interrumpió entre julio del 53 y enero del 58 y, con tanto vaivén, continuaron desapercibidas, mientras que las de Ruano alcanzaron un número de lectores hasta entonces desconocido, haciéndole ganar mucho dinero.

El prólogo de estas tempranas memorias de Camilo (que en 1959, al pasar a libro, tituló *La rosa* en recuerdo a una vieja fotografía de la familia de su padre), lo escribe advirtiéndole que se trata de una “aparente divagación”, lo que no pasa de ser una excusa para justificar que alguien tan joven escriba sus memorias: “La vejez suele ser cínica y acomodaticia, egoísta y poco respetable”... ¿También lo fue la tuya, Camilo?... Distín-gue luego entre los libros de memorias y las autobiografías, catalogando al suyo entre los primeros porque “al libro de memorias, bien mirado, se le exige más concisión y menos teoría, más anécdota y menos interpretación” y redondea la faena en plan poético, afirmando estar, a los treinta y cuatro años, “en medio del camino de la vida”, que es como arranca un verso de Dante.⁴⁸

Intuyo que a partir del episodio de las memorias, la relación entre los dos vecinos, amigos y compadres, comenzó a ser más formal y menos franca que en los años anteriores. Coincide además con la época en la que Camilo da el gran salto, publicando títulos de éxito, viajando por toda España y por América como conferenciante, recibiendo sus primeros doctorados *honoris causa*, ganando mucho dinero con *La catira* venezolana y trasladándose a vivir a Mallorca, donde edita una revista magnífica, los *Papeles de Son Armadans*... El oficio le empieza a tratar mucho mejor a Camilo de cómo lo

⁴⁷ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a media*, p.26.

⁴⁸ Camilo José Cela, *La Rosa*, Espasa, Madrid, 2001, pp. 11-22.

había hecho nunca con Ruano, realidad que se confirma cuando, el 21 de febrero de 1957, es elegido para ocupar el sillón Q de la Real Academia. “A Ruano, naturalmente, nunca le hicieron académico: La historia de la Iglesia es la de sus errores, como la de la Academia”.⁴⁹ La frase es de Umbral y refleja el modo de obrar de la institución, mientras que Manuel Alcántara se interesó en conocer la opinión del propio Ruano:

- “Dime la verdad, César, ¿te gustaría ser académico?
- ¡Hombre, Manolo!, ¿cómo no va a gustarme un sillón, habiendo estado tanto tiempo de pie?”.

Siguieron siendo amigos, claro, aunque ya a más distancia, porque Cela conservó el piso de Ríos Rosas, pero iba poco, y Ruano únicamente le visitó una vez en Mallorca, creo que en el 56. Sobre aquel viaje recuerdo haber leído, en periódicos, que Ruano llegó sin un duro y Camilo tuvo que facilitarle una serie de conferencias para que ganara algo, aunque al segundo día la seductora y atractiva mujer de Ruano, Mary de Navascués, se había gastado mucho más en comprar una colección de abanicos antiguos. También cuentan que se volvió a repetir la historia de Crisantito, pues Cela estaba con cuarenta de fiebre y Ruano le escribió un artículo para *España*, de Tánger, también muy celiano, y también sin despeinarse. A saber si es verdad, o son fabulaciones de alguien que oyó campanas y ahora presume de ser el campanero.

Aquel mismo año Camilo comenzó a editar *Papeles de Son Armadans*, y no me cabe la menor duda de que, ya antes de salir el primer número, le había pedido a Ruano que escribiera para la revista, aunque advirtiéndole que tenía como norma no pagar a los colaboradores. Cela, que incurría con frecuencia en este tipo de cálculos de rentabilidad absurdos y equivocados, recibió un contundente no por respuesta. Ciertamente que los dos eran profesionales y su única fuente de ingresos manaba de su pluma, pero a la postre se echa de menos alguna colaboración de Ruano en esta revista, que se publicó durante 24 años y en la que colaboraron 1.070 autores distintos, a los que Cela pagaba con un paquete de cincuenta separatas.

Aunque el nombre de González-Ruano figura en el índice de la revista, se trata de un único cuento, póstumo, que se publicó en julio de 1967, pero que Ruano firmó, en Cuenca, el 7 de agosto de 1965, el año de su muerte. El cuento, titulado *Cinco muchachos* es sobrecogedor, pero mejor que yo lo explica el propio Cela en su introducción: “C.G-R. dejó entre sus papeles este cuento que hoy ofrecemos a nuestros lectores. En muy diferente línea de su estética habitual, tan breves páginas pueden encerrar una de las claves de su compleja psicología humana y literaria, con demasiada frecuencia ahogada bajo una hojarasca -tópico crítico- retórica contra la que jamás se detuvo a

⁴⁹ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p 76.

luchar. C.G-R. fue un fatal y bien logrado ejemplo de esteta a la fuerza, de dandy aplastando al escritor, de hombre de mundo que no tuvo tiempo para la soledad, que algún día será estudiado con la atención y la inteligencia que se merece”.

Habrá que esperar a que los estudiosos convocados en este escrito emitan su juicio sobre los sentimientos que albergó Cela respecto a Ruano, y viceversa. ¿Hubo sólo amistad y compadreo, duelos amistosos a pluma o a viva voz, excesos pasajeros... o hubo también rivalidad y envidia... hubo acaso cierta prevención ante la manera de vivir, siempre frívola y no pocas veces próxima al suicidio, por parte de quien, como buen baudelairiano, se desayunaba todas las mañanas con las *Flores del mal*?

“Si le viol, le poison, le poignard, l’incendie,
N’ont pas encor brodé de leurs plaisants dessins
Le canevas banal de nos piteux destins,
C’est que notre âme, hélas! N’est pas assez hardie”.⁵⁰

Toda relación va mudando con el tiempo, pero siempre deja en el fondo un poso que puede ayudar a fermentar a los más jóvenes. Dos personajes tan literarios como Cela y Ruano consiguieron algo tan difícil como vivir, y vivir bien, a partir de algo tan básico como el recado de escribir. El problema vino cuando quisieron vivir en palacios y rodearse de criados, poniéndole cofia hasta a las musas.

El primero en tener un palacio fue Ruano, el de los Condes de Mayorga, también llamado de Toreno, situado en pleno casco histórico de Cuenca y cuya singularidad destacó el propio autor en su *Diario íntimo*: “He redactado estas líneas en mi casa de la calle de San Pedro, cuyos viejos muros vuelven por la plaza del Trabuco. La casa en la que los balcones, por raro privilegio, creo que único en la ciudad, dan a las dos Hoces, la del Júcar y la del Huécar, es como una auténtica isla de piedra...”⁵¹

Lo que no cuenta es que aquella casa fue un regalo del Ayuntamiento, que en 1955 la compró para ponerla a su nombre, porque estaban encantados de que César de Cuenca pasara temporadas allí, escribiera sobre la ciudad, invitara a artistas para conocerla, concienciara sobre la necesidad de mantener su patrimonio y, en resumen, Ruano se llegara a convertir “en uno de los elementos característicos del paisaje cuense”.

Tampoco se cuenta que este idilio comenzó en la Semana Santa de 1949, cuando Federico Muelas invitó a Cela y a Ruano a que conocieran su ciudad y fueron agasajados con todos los honores por la corporación municipal, que les invitó a que se

⁵⁰ Charles Baudelaire, “Au lecteur”, *Les fleurs du mal*, 1857.

⁵¹ César González-Ruano. *Diario íntimo 1951-1965*, Visor, Madrid, 2004.

quedaran unos días, oferta que aprovechó Ruano para repetir estancia entre julio y septiembre. Según Marino Gómez Santos, cuando le regalaron a Ruano aquel caserón (construido en el siglo XIV y en el que campea el escudo de los Enríquez), se utilizaba para guardar ganado lanar, por lo que su nuevo propietario tuvo que hacer obra, no pudiendo dormir allí hasta el 23 de febrero de 1956. Durante los nueve años siguientes, Ruano gastó todo su (poco) dinero comprando en el Rastro madrileño muebles barrocos y armaduras para “su palacio” hasta que, en 1965, tuvo que decir basta porque no le llegaba el dinero para atender los gastos de mantenimiento y se lo vendió al pintor Antonio Saura. Pocos años después, el pintor se lo vendió al escultor Gerardo Rueda, así que en aquel palacio, construido (según cuentan las leyendas populares) para cobijar los amores de Enrique de Trastámara, camparon por sus fueros pluma, pincel y mazo.

Antonio Muñoz Molina reconoce su asombro con la lectura del *Diario íntimo* de Ruano (*El País*, 16 de enero de 2010), que había comenzado con muchas reservas, e incluso cierta repugnancia, hasta que “entre esa prosa mercenaria estalla de pronto el fulgor de la gran literatura”. En ese mismo artículo recuerda que Ruano conoció los principales itinerarios de la provincia de Cuenca⁵² invitado por el gobernador civil, que llevaba en el coche un fusil ametrallador. Es una de las anécdotas más tremendas sobre alguien que iba tomando, de esa guisa y en semejante compañía, las notas para escribir una guía de viajes; pero lo más sorprendente es que era él mismo quien lo contaba.

A Muñoz Molina, como a cualquier persona sensata, le dejaba perplejo el tren de vida de alguien “que iba a todas partes en taxi, que tenía en casa cocinera, sirvienta y criado personal, y se permitía caprichos carísimos, sortijas de diamantes y relojes de oro, antigüedades barrocas con las que atestaba su piso [...] se viste cada mañana con la ayuda de un criado y descubre que le han cortado el teléfono por falta de pago”.

¿Le transmitió Ruano esta verdadera obsesión por el lujo a Cela? Depende; el Cela que yo conocí agradecía el lujo, se sentía cómodo en los ambientes selectos y le agradaba rodearse de todo aquello que transmitiese exclusividad y elegancia. Puede que no alcanzara los niveles de “lujo asiático” que gustaban a Ruano, pero tampoco le hacía ascos a las mansiones, los objetos artísticos (especialmente pinturas y libros), los automóviles de lujo y, por supuesto, estar siempre rodeado de todo tipo de criados, asistentes, bibliotecarios y el resto de su “casa civil”.

Respecto al interés de Camilo por el dinero, acierta Umbral cuando dice que, más que tener dinero, a Cela le gusta ganarlo, y sobre todo gastarlo; que tenía vocación de mi-

⁵² En 1956 César González-Ruano publicó su *Guía de Cuenca y principales itinerarios*.

llonario (igual que Blasco Ibáñez), aunque no se le podía llamar avariento: "Me cuesta un millón diario abrir la tienda, Paco".⁵³

Pero Umbral se equivoca, o Camilo le mintió, al decir que tuvo una niñez de rico. El padre de Cela pertenecía a una familia de Tuy que vivía de la huerta y sólo llenaban el calcetín cuando la armada inglesa invernaba en la Ría de Arousa y necesitaba aprovisionarse de frutas, verduras, animales de granja y putas a espuestas. El famoso abuelo inglés, el del ferrocarril, no pasaba de ser corresponsal en Galicia de una financiera británica y, aunque vivían con dignidad, nunca les sobró un real.

El padre de Camilo, funcionario de aduanas, pasó muchos apuros económicos durante toda su vida para sacar adelante a una familia con seis hijos; en *La rosa* se le retrata con meridiana claridad: "Es un hombre que ama el lujo y el protocolo. Si hubiera tenido dinero hubiera sido uno de los hombres que mejor viviesen en España. Como no lo tuvo, se conforma con saberse señor –que no es poco- y rechazar con un gesto olímpico el flanín, la malta y la sacarina".

Entre la numerosa correspondencia que se conserva entre padre e hijo en el archivo de la Fundación de Iria Flavia, resulta especialmente significativa una carta enviada por Cela Fernández desde Tetuán, la víspera del 36 cumpleaños de su primogénito: "Me parece mentira cómo hemos podido hacer frente a nuestros gastos con tan pocos ingresos [...] y ahora en el exilio para que los cuatro hermanos tuyos más jóvenes puedan terminar sus carreras".

Cela no tuvo una niñez pobre, pero tampoco de rico, y aún menos la juventud. Cualquier biógrafo tendrá que reconocer que fue González-Ruano quien le convenció para, visto que el sueldo de Cela no alcanzaba para pagar las 250 pesetas que le cobraban por el alquiler de un piso en Ventas, mudarse a otro en Ríos Rosas que costaba 1.500.

En aquel nuevo piso, colindante con el de Ruano, este le enseñaba el arte de vivir de prestado, con cocinera, sirvienta y mayordomo, mientras los acreedores aguardaban pacientemente sentados en la salita de espera. "Ese es un pesado –señalaba- ya es la quinta vez que viene". Camilo, que no tenía tanta cara y aborrecía las deudas, siempre se las ingenió para ganar el dinero suficiente para atender, sin sobresaltos, a sus cuantiosos gastos.

El palacio conquense de Ruano también le dio envidia a Cela, que quiso tener su propio pazo en Galicia. Las primeras referencias al respecto datan de 1967, pero la idea era anterior, o al menos así se lo confiesa al alcalde de Padrón: "Acaricio desde hace años el

⁵³ Francisco Umbral, *Cela: un cadáver exquisito*, p. 123.

viejo proyecto de reintegrarme, siquiera durante una breve temporada anual, al valle del Ullán [sic] que me vio nacer. En el terreno privado, ¿sabes tú de algún pazo, no muy grande y en cierto estado de conservación, que pudiera venderse por ahí?”

Parece que no lo había, o que no alcanzaba el dinero para pagarlo, por lo que Cela tuvo que esperar hasta 1981 para comprar un caserón de finales del XVIII, integrado en un conjunto de ocho edificios iguales, que estaban totalmente en ruinas. Esperó aún otra década hasta que, con el prestigio del premio Nobel como aval, el Gobierno gallego pagó la restauración de aquella casa... y posteriormente de otras cuatro, comprometiéndose Cela a donar todo lo suyo a una fundación que ocuparía parte del edificio, en el que él se reservó la zona noble para “imponerme la gozosa obligación de vivir entre mis paisanos unos meses al año”.

Para cerrar el capítulo del dinero, parece innegable que tanto González-Ruano como Cela ganaron mucho con su oficio de escritor, pero que gastaron aún más. A Ruano le acusan (sin pruebas) de haber saqueado a judíos durante el nazismo y que por eso pudo vivir durante los siguientes cuatro años, en Sitges, a cuerpo de rey. Pero también es cierto que se iba todas las mañanas a escribir al famoso “chiringuito” y que a Madrid llegó con las alforjas casi vacías. Cela también trabajó durante toda su vida como un mulo, aunque tuvo la suerte de cara, primero con los tres millones de pesetas (del '55) que le dieron por escribir *La catira*, luego por las muchas ediciones de sus libros y, en una vejez gloriosa, sumando un buen dinero gracias a los premios Nobel, Cervantes y Planeta.

Ruano, “que tenía el don de rematar sus artículos con una media verónica de infarto”, escribió algo que vale tanto para él como para Camilo: “Lo que distingue a una cigarra de una hormiga es que aquella puede hacer todo lo que la hormiga hace, y además canta, ¡a ver si se enteran los del hormiguero!”⁵⁴

El listado de concomitancias entre dos autores capaces de improvisar disparatados poemas al alimón, un verso uno (*Heráclito mamón de las Vistillas*), el siguiente el otro (*Concupiscente tropo cotarélico*), se podría alargar durante páginas y páginas. Ambos eran coleccionistas compulsivos, Ruano de pitilleras, abanicos y armaduras, Cela de orinales, diccionarios y esquelas; la pintoresca afición de González Ruano por las cosas se materializó en su *Libro de objetos perdidos y encontrados*, mientras Cela guardaba con igual celo tesoros y basura, fuera un incunable o una caja de “ladillol”, repitiendo insistentemente que hasta el objeto más humilde tenía un significado, y que nada se podía tirar.

⁵⁴ Mariano Gómez Santos, *Claves de César para su centenario*, p. 414.

En el estudio de la profesora Raquel Velázquez sobre el articulismo de madurez de Ruano, anota que “a su juicio, resulta absurdo que un escritor escriba sobre lo que desconoce, ya que la experiencia personal ha de ser la base de toda página que nace de una voluntad estética”.⁵⁵ Cela, que pensaba de igual modo, siempre trató de documentar con rigor sus escritos y fue anotando los datos en múltiples ficheros que aún se conservan: “Al viajero le hace una ilusión tremenda que lo tomen por un erudito”.⁵⁶

Insisto en que, si pagaran por líneas y yo fuera Ruano, podría continuar hasta el aburrimiento con el listado de afinidades entre quienes, también con lamentable frecuencia, llegaron a tener “40 grados de fiebre y unas 40 pesetas”,⁵⁷ para más adelante poder presumir de casas (Ruano en *Mis casas* -1950- y Cela en *Noticia de mi casa de Palma de Mallorca*,⁵⁸ aunque en cuestiones de patrimonio inmobiliario siempre pretendían más y Ruano le confesaba a Manuel Alcántara que le hubiera gustado vivir en una casa de piedra, “hecha para siempre”, con un escudo heráldico. Cela, teniendo ya la fundación, escribió “yo quise hacerme una casa con las vigas de madera de boj y ahora me voy al infierno sin haberlo conseguido; gané todo el dinero necesario, pero me faltó tiempo”.⁵⁹

También daría mucho juego profundizar en los sentimientos de quienes tuvieron a una *Marina* como segunda y definitiva mujer, para saber hasta qué punto influyeron en su vida y también en su obra, pero la prudencia aconseja ir echando el cierre, y que sean otros los que, con mayor preparación y criterio, aborden todas estas tareas.

Únicamente restan un par de puntos por hilvanar, el primero sobre la manera de escribir de ambos, tan parecida y al tiempo tan opuesta. Lo hacían siempre a mano, moviendo la pluma en el tintero y con una hermosa letra, casi como la de Crisantito, el pendolista.

La pluma de Ruano “era una de esas de escolar, marca corona que ya entonces no se veían por el mundo”,⁶⁰ la de Cela una estilográfica de oro hoy expuesta en su fundación, pero los dos las mojaban en tintero porque Camilo, siempre tan torpe para esas cosas, no sabía cargarlas y tenía siempre a mano un trapo para limpiar el sobrante de tinta y evitar los borrones. Por increíble que parezca también conservó esos trapos,

⁵⁵ Raquel Velázquez Velázquez, “Algunas consideraciones en torno al articulismo de madurez de César González-Ruano”, p. 375.

⁵⁶ Camilo José Cela, *Viaje a la Alcarria*, capítulo IV, Brihuega, p. 62.

⁵⁷ Mariano Gómez Santos, *Claves de César para su centenario*, p. 414.

⁵⁸ Camilo José Cela, “Breve noticia de mi casa de Palma de Mallorca”, *Revista de Arquitectura del Colegio de Arquitectos de Madrid*, diciembre de 1966, nº54, pp. 52-54.

⁵⁹ Camilo José Cela, *Madera de Boj*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, p.22.

⁶⁰ Manuel Alcántara en el prólogo a la edición de *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

que supongo seguirán junto a sus estilográficas, a no ser que a estas alturas alguien desconocedor de la historia los haya tirado a la papelera.

Ruano, ya se sabe, siempre escribió “con mágica facilidad y la prisa que impone el cotidiano vivir de la escritura”,⁶¹ a la vista de todo el mundo, en el barullo de los cafés, fuera el Gijón, el Teide, el Chiringuito de Sitges, o el Colón de Cuenca, y a una media de tres artículos cada mañana, que ni siquiera repasaba: “Sabía que escribir en la prensa es aproximadamente como escribir en el agua y que el artículo que hoy ha sido elogiado porque acaso contenía algo de actualidad interpretada y una cierta gracia y un buen idioma y alguna oportunidad y hasta un relente de talento, mañana está envolviendo unos zapatos viejos camino del zapatero”.⁶²

Camilo era mucho más lento (“el escritor trabaja despacio, deleitosamente, amando sus propias y pobres palabras”)⁶³ necesitaba aislarse en su casa (donde llegó a encargar un biombo negro para encerrarse a escribir *Oficio de tinieblas*) y repasaba sus textos una y otra vez. “A Ruano lo desbarató la prisa”, ya se sabe que dijo, mientras reunía y encuadernaba lujosamente sus cuartillas camino de Estocolmo.

Para poner el punto y final a este trabajo habrá que referirse al mal trato póstumo que, también en coincidencia, reciben nuestros dos escritores por parte de los truchimanes y mangantones encargados de velar por la moral y las buenas costumbres, y que anteponen a la calidad literaria el haber llevado una vida virtuosa (¡janda que Picasso!). A moro muerto gran lanzada y la figura de Cela, desde el día siguiente a su entierro, lleva ya más garapullazos que un miura, aunque al menos se conservan las 107 placas de calles, plazas, plazuelas, avenidas, fuentes, rúas, aulas, miradores, centros de salud y de enseñanza que bautizaron con su nombre y que se reparten por todos los rincones de España.

A González Ruano no le quieren respetar ni eso y los autores del libro en el que se le acusa de ser azote de judíos (por cierto, Cela presidió durante años la Sociedad de amistad España-Israel) se ufanan de que ya han conseguido que arranquen la placa del Chiringuito de Sitges y la denominación de un premio; veremos qué pasa con la calle de Cuenca y con la de Madrid, que está junto al tanatorio, en perpendicular a la calle Derechos Humanos. Puede que también intenten quemar en la vía pública, siempre a la vista de todos, sus veinte mil artículos, además de las novelas, narraciones cortas, biografías, guías y poesías, que suman un total de ochenta títulos, borrando para siempre la obra de un autor del que Jaime Capmany aseguraba que era, en sí mismo, “una herencia intransferible”.

⁶¹ Mariano Gómez Santos, *Claves de César para su centenario*, p. 411.

⁶² Manuel Alcántara en el prólogo a la edición de *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

⁶³ Camilo José Cela, *Cajón de sastre*, p. 305.

Cela creía “en el hombre adornado con media docena de virtudes antiguas, a saber, el arte y la serenidad de los amanuenses, la caligrafía de las nueve letras nobles, las ganas de trabajar con la cabeza y con las manos, la perseverancia, la paciencia y el sentido común”, proclamando al mismo tiempo su vieja idea de que “las asociaciones, las congregaciones, las procesiones, las manifestaciones, los sindicatos y las sociedades de seguros mutuos no son sino las venenosas y castradoras rémoras de la salud del individuo y de la lozanía del espíritu”.

¿Lo quieren más claro? Bien, cuando a Ruano, casi al final de su vida, le negaron el carnet de prensa en aquella misma asociación que expulsó a Camilo, escribió lo que sigue: “Me piden que pruebe no sé qué cosas. No estoy dispuesto a probar nada. Si tienen redaños para negarme la condición de profesional, para ellos la perra gorda. No daré un paso. Les emplazo a todos esos robaperas para dentro de unos años. A ver si se habla de ellos o de mí. Periodistas mediocres, matalones, caciques de vía estrecha, cortan el bacalao. ¡Que lo corten! Uno no come bacalao sino salmón; esto es lo que, en el fondo, les irrita. Hijos de padres desconocidos, padres de obras desconocidas. ¡Que Dios ampare su miseria irredenta! A otra cosa”.

Hoy, día de san Patricio de MMXV, pongo punto final a este trabajo y lo celebro con un buen whisky, o dos; el primero en homenaje a don César y el segundo recordando a Camilo, en la seguridad de que coincidir también en esto les parecerá la mar de bien.

LAVS DEO